

mayores peligros, prodigaban generosos su sangre y sacrificaban impávidos su vida, habían ido perdiendo aquella fe que producía su heroísmo. Empezaron por desconfiar de sus caudillos, dudaron del éxito de su causa, y acabaron por abandonarla.

Debemos consignar aquí lo que en otra obra hemos dicho: el vencimiento de la causa carlista á consecuencia de una gran batalla, se hubiera sufrido con resignación; pero ser vencidos sin pelear, aun cuando se presentara como disculpa la inmensidad numérica del enemigo, que no dejó de ofrecer lados vulnerables, que no se supieron aprovechar, produjo aquel desaliento, consecuencia lógica de lo que sucedía. Si la inacción es un moño que corrompe y enerva el espíritu del soldado, la mala dirección le exaspera é insubordina.

En resumen; puede decirse que el partido carlista sufrió en la última guerra las consecuencias de su alejamiento de la vida pública. Al estallar la revolución de setiembre, los carlistas carecían de hombres políticos propios, y se vieron fatalmente condenados á sufrir la dirección de muchos de sus antiguos enemigos, convertidos al carlismo por la fuerza de las circunstancias, mas que por convicciones propias. Los carlistas, con gran fe en la legitimidad de su causa, se veían mandados por hombres que carecían de ella, y si no todos, algunos, en prevision del porvenir, huían de inutilizarse por completo á los ojos de los demás partidos. De aquí la abundancia de teorías y la escasez de hechos verdaderamente importantes que se observó en la vida del partido carlista, si se exceptúa el brillante período en que acudieron á las Cortes hábilmente capitaneados por la reconocida capacidad del señor Nocedal. Llegó la guerra, y al entusiasmo de los voluntarios correspondía en varios jefes una frialdad evidente. En alguno de ellos podía percibirse el deseo, ó la esperanza de hallar la mejor fórmula para que fueran reconocidos del lado de acá los grados que hubieran obtenido en las filas carlistas. O no se sabía ó se tenía olvidada la historia de aquel partido; se desconocían ó se desdaban sus aspiraciones; no se habían estudiado ó no se comprendían sus necesidades, y se descuidó lo fundamental para atenderse á lo accesorio.

Don Carlos sufrió los sinsabores y asumió las responsabilidades que pesan sobre un monarca, y no disfrutó de las satisfacciones que produce el reinar. Hubo ministros é intrigas palaciegas y no gobierno; y anheloso don Carlos del acierto, buscaba eminencias y encontraba nulidades, consejeros vulgares, cortesanos de grandes pretensiones y escasas facultades, que solo tenían en su abono la adhesión á la causa ó el propósito de servirla, aunque con poca elevación de miras: creían en su optimismo seguro el triunfo, y en vez de batallas se daban bailes.

En estas condiciones la fe, que traslada montañas, y el entusiasmo, que hace olvidar el propio interés, pudieron prolongar la lucha, pero no bastaron á obtener el resultado á que aspiraban los que creían sacrificarse en beneficio del país, los que solo veían en la causa carlista el sostenimiento de los santos principios y fundamentos en que descansan la religión, la sociedad y la familia.

La guerra se localizó, y desde ese momento, el desenlace final ya no pudo ser dudoso para ningún espectador imparcial: cuatro provincias no podían conquistar á toda España, y ni aun sostenerse mucho atendida á sus propios recursos.

Mirada la cuestión desde esta altura, desaparecen los detalles en que han creído algunos ver la explicación de los últimos acontecimientos narrados. No hubo traidores, así lo creemos de buena fe, en los jefes carlistas. Sí hubo débiles, desertores en esperanza de mayor medro, y algunos, muy pocos, en connivencia con el enemigo, no fueron verdaderamente traidores á la causa, á la que hicieron poco daño, sino poco apreciadores de su propia honra. No se esterilizan los sacrificios hechos por un gran partido como el carlista porque tal ó cual jefe capitulase, ó entregase sus fuerzas al enemigo, ó no las utilizase debidamente. Un partido, cuya historia es casi toda militar y registra hechos dignos de una epopeya, puede ser vencido por un convenio como el de Vergara, pero no porque le abandonen algunas altas individualidades.

Ninguna tan elevada y del valer de Cabrera; y fué desgracia para el partido carlista no haberle tenido á su frente al principio de la guerra; mas sin él, llegó á la altura á que no había llegado en la guerra de los siete años, reuniendo mayores elementos. ¿Los habría tenido mayores con Cabrera? No creemos fácil la respuesta.

La empresa del carlismo era gigantesca; pero es evidente que, cuando se debía hablar se hizo la guerra, y cuando se debía pelear se gastaba el tiempo en ocupaciones propias de la paz.

La última guerra civil es ejemplo de que la fe, el entusiasmo y las rectas intenciones, no crean por sí solas hombres de Estado, y de que los políticos prácticos, si carecen de aquellas cualidades, solo desventuras pueden acarrear á los que se fían de sus artes empíricas.

Había terminado la guerra, y se necesitaba consolidar la paz, base de la riqueza, del bien público, y afianzar la libertad, como fuente de regeneración y de progreso, curando el bienestar público los males por la lucha causados, y borrando la civilización el fanatismo en unos, la intransigencia en otros y arraigando en el corazón de todos el santo amor á la patria para que, amada como madre, nos consideremos todos como hermanos.

## CAPITULO VI

Cuba.—Filipinas

Si terrible fué en la Península la guerra civil, lo era mayor la que se sostenía en Cuba, donde había que combatir con el clima, con la naturaleza toda, que si no producía enfermedades extenuaba.

Continuaba el mando de Caballero de Rodas, que tuvo que arrear en el sistema de imponerse, no solo procurando exterminar á los insurrectos que estaban con las armas en la mano sino á los laborantes y á los que con ellos simpatizaban y les ayudaban, ampliando los embargos de las propiedades, llegando á mas de 4,000 las fincas embargadas, importando muchos millones de pesos. Este mismo gran valor fué causa de que se cometieran grandes abusos con tales bienes, cuya administración no puede seguramente presentarse como modelo.

Prósperamente para la causa española comenzó el año de 1870 en Cuba, inspirando confianza y fe en el porvenir la alocución del capitán general—6 de enero—aunque no dispuso completamente fundados recelos, que los abrigaban y grandes los voluntarios. La guerra seguía, se procuraba disminuir su importancia, por lo que se ocultaba la verdad de los hechos, y como mas pronto ó mas tarde se sabían, de aquí cierto malestar y desconfianza que se llevaba á exagerados límites. Los enemigos de España no cesaban en sus propósitos, llevaron su saña hasta asesinar á Castañón, director de *La Voz de Cuba*, lo cual impresionó hondamente en la Habana, al saberse el asesinato cometido en Cayo Hueso, á donde su desventura llevó á Castañón á batirse en duelo: al efectuarse en la capital de Cuba sus honras fúnebres, se cometieron en represalias lamentables atropellos y asesinatos. Esto exacerba los ánimos de todos, de suyo bastante excitados.

Para inspirar mas confianza y obtener resultados, marchó Rodas á Puerto Príncipe; fué útil su presencia en Camagüey, ayudándole don Napoleón Arango, que acababa de abandonar á los insurrectos, á que le imitasen otros, y presentáronse, en efecto, muchas familias, lo que unido á la activa persecución que experimentaron las partidas, que causó mas de 500 muertos á los enemigos, en aquella *campaña de los 100 días*, que así se llamó á la que emprendió el capitán general, hizo creer cuando en julio regresó á la Habana, que el Camagüey podía considerarse pacificado, no contribuyendo poco á esta creencia la prisión y muerte que experimentaron los cabecillas Goicurua, Agüero, Arredondo, Casanova y otros que acabaron su azarosa existencia en el patíbulo. Estaba seguramente bastante abatida la insurrección, pero entonces fué cuando mas empeño pusieron los laborantes en sembrar desconfianzas en unos y alentar á otros, les servían bien en

Madrid, dimitió el mando Caballero de Rodas, reemplazó el conde de Balmaseda, recibido con grande entusiasmo en la Habana, y fué despedido Rodas con las muestras de consideración y aprecio á que se había hecho acreedor por su buen comportamiento, del que dejó gratos recuerdos.

El nombramiento del pacificador del departamento Oriental para el mando superior de Cuba, no podía menos de ser bien recibido por el elemento español, por los servicios que había prestado en su larga permanencia en la isla, lo que le facilitaba el cabal conocimiento de las personas y de las cosas, además de contar con grandes simpatías. Bien acogidas sus proclamas, en las que otorgaba perdón á los arrepentidos y declaraba guerra decidida y enérgica á los rebeldes que continuaran en armas, y sin producir los resultados que en Madrid esperaban algunos de la misión que llevó á los Estados Unidos á don Nicolás Azcárate, ocasionando el fusilamiento en Cuba del poeta Zenea, que se mostró más partidario de los insurrectos que de la misión de paz que le llevó al campamento de ellos, dedicóse Balmaseda á introducir la desunión en el campo enemigo, á alentar á los amigos de escasa fe, á mover activamente las tropas, obteniendo la presentación de importantes insurrectos en la jurisdicción de Colon, y en las combinadas operaciones de la campaña que empezó, dióle por resultado la inmediata pacificación de aquel territorio, la completa tranquilidad en Las-Villas, quedar libre la Vuelta de Abajo de la ridícula expedición que á poco desembarcó en aquellas costas, y dispersos en los bosques los principales caudillos insurrectos. Solían reunirse para efectuar algun ataque meditado, ó para sufrir un descalabro como el que experimentaron en la Torre de Pinto ó de Colon, en el distrito de Puerto Príncipe, mientras Balmaseda recorría las Cinco Villas. Marchó el general despues al Jácaro y á Vertientes, dando por terminada la resistencia sostenida hasta allí en las jurisdicciones de Sancti-Spíritus y Moron, llamó á la obediencia á los camagüeyanos, que se corrieron á las jurisdicciones de Bayamo, Manzanillo y Jiguaní, por el conde pacificadas antes, contribuyendo á reproducir en ellas la guerra el desembarco que efectuó el *Virginia* de 200 venezolanos, batidos luego, y para limitar el territorio de los insurrectos activó la terminación y defensa de la trocha abierta desde el Jácaro por Ciego de Avila á Moron, ó sea desde el mar del sur al del norte de la isla, en una extensión de 4 á 5,000 metros, con una anchura de 500, y de ellos doce transitables, que formaban el camino militar y una verdadera muralla por los numerosos fuertes que la defendían. Efectuó despues otra salida á Nuevitas y Puerto Príncipe, haciendo política de atracción á la vez que movía las tropas, mereciendo especial referencia las que constituían el corto destacamento del poblado de Jara que se defendieron gloriosamente. Eran frecuentes los hechos de esta naturaleza en los que se demostraba el heroísmo que inspira la voz de la patria, y cuando léjos de ella se pelea, aunque se combatiera en terreno á ella perteneciente.

Cuando los insurrectos no progresaban con las armas, procuraban aumentar sus elementos de combate y aun arreglar su organización, que harto lo necesitaba, y reunían su cámara de representantes, parodia ridícula de representación nacional, que más que congreso de elegidos diputados era un club de ambiciosos demagogos y de insensatos paricidas, pues justamente en aquellas circunstancias se esmeraba el gobierno de Madrid en dar los mayores derechos y libertades á Puerto Rico y á Cuba, que por cierto más sabían aprovecharlas los laborantes que los españoles. Así que, cada vez que Balmaseda regresaba á la Habana, tenía que apaciguar los ánimos harto excitados, particularmente en los voluntarios, que viendo peligros en todas partes, fingidos unos y verdaderos otros, y no muy satisfechos del proceder de algunos ministros que desvirtuaban con una mal entendida generosidad justificados rigores de las autoridades de Cuba, era de temer que un suceso cualquiera prendiese fuego á los hacinados combustibles y se produjera un verdadero incendio. Cuando los ánimos están exaltados, la ofuscación guía nuestras acciones, y no suelen ser laudables las consecuencias. Así sucedió con un hecho estudiantil que no tenía la impor-

tancia que se le dió, como lo demuestra que hasta los dos ó tres días no empezó á adquirir gravedad á causa de que la opinión pública fué formando la bola de nieve. Las inconveniencias que unos estudiantes de medicina se permitieron en el cementerio donde reposaban los restos de Castañón y otros mártires de la patria, fueron tomando grandes proporciones hasta el punto de presentar lo que no pasaba de una travesura escolar de mal género y vituperable, como una terrible profanación. Poco prudentes las autoridades, dieron pábulo con sus desacertadas providencias á la exageración de los descontentos y al extravío de la opinión pública, se impuso á la autoridad militar la de unos pocos voluntarios, se sometieron los presos á un consejo de guerra, que procedió sin imparcialidad ni independencia, y condenó á ocho de los estudiantes á sufrir la pena capital y á presidio otros. Tuvo resonancia este hecho en toda Europa y en América, y los numerosos comentarios que sobre el fusilamiento de los estudiantes se publicaron, en pro unos y en contra otros, adolecían de tal apasionamiento que ninguno habló á la opinión con verdadera sinceridad. En vano pensó Balmaseda evitar el atentado que se cometió; llegó tarde á la Habana, y profundamente impresionado comprendió la imposibilidad de pacificar la isla mientras no se tomasen medidas definitivas para destruir el germen de los laborantes é instigadores que, excitando á los españoles más impresionables, entorpecían el desenvolvimiento de una política que había de acabar la guerra.

Los auxilios que de todas partes recibían los insurrectos reanimaron la lucha, lo cual hizo necesarios los fusilamientos y las proclamas de atracción dirigidas á las partidas insurrectas, de cuyos documentos pudo considerarse por entonces el último el que en 14 de mayo de 1872 expidió en Cauto del Embarcadero, ofreciendo indulto á todos los que se presentasen, con excepción de Céspedes, de los individuos de la cámara y de varios cabecillas. Durante las campañas de Balmaseda habíanse presentado más de cuarenta mil y se lisonjeaba ahora en completar este favorable resultado; pero los frecuentes desembarcos de expedicionarios, y la ineficacia de la anterior proclama, le hicieron conocer que no acabaría la guerra en el plazo que se había propuesto, y cumplido que fué el 30 de mayo, dimitió el mando, reemplazándole interinamente el segundo cabo don Francisco Ceballos. Continuó este con actividad la persecución de los enemigos de la patria, atendiendo también á las excitaciones de la opinión, no siempre movida por legítimas causas, lo cual le impedía muchas veces salir á campaña para evitar con su presencia el crecimiento de las facciones y las inconveniencias de ciertos jefes militares que ocasionaron sensibles descalabros á nuestras tropas.

A las contrariedades de cada día, se añadía la penuria del Tesoro, no solo de la Metrópoli sino de Cuba. Había pagado para la expedición á Méjico, más de 2 millones de pesos (1) y excedían de 10 los malgastados en la funesta guerra de Santo Domingo (2). No podía menos de resentirse no solo el Tesoro de aquella isla sino el del gobierno central. De aquí los apuros, cada día crecientes, y la terrible situación en que se puso al Banco Español de la Habana, aunque no fuese gravosa para todos, que muchos medraron á costa de la patria, á la que sacrificaban, alardeando sin embargo de mucho patriotismo. El total de la deuda existente á favor del Banco en julio de 1871, á cuya época alcanzan las últimas noticias (3) sobre esta clase de deuda en el ministerio, ascendía á cerca de 12 millones de pesos. Las emisiones de billetes del Banco Español de la Habana, por cuenta del gobierno, desde febrero de 1869 á 23 de mayo de 1872, sumaban 17 millones de pesos, y rebajados por recaudación, subsidio y bienes embargados, etc., cerca de 7 millones, debían quedar en circulación por cuenta del gobierno en el expresado mes de 72, más de

(1) De 1861 á 1867 se habían hecho en Cuba para esta expedición, pagos importantes 2.290,225-04 pesos fuertes.

(2) De 1862 á 1870 se pagaron, pesos fuertes 10.318,406-62.

Tenemos á la vista el estado anual de pagos.

(3) Escribimos en 1881.

40 millones de pesos (1). Después se fueron haciendo emisiones considerables.

La crítica situación en que se hallaba la isla de Cuba al terminar el año de 1871 hizo concebir á algunos buenos españoles el proyecto de formar en Madrid una asociación que, con el título de Centro Hispano Ultramarino, y sin afiliarse á ninguno de los partidos antillanos, influir en las resoluciones del gobierno, rectificar la opinión extraviada en muchos puntos, preparar soluciones ventajosas para aquellos países y combatir el filibusterismo, haciendo política de atracción, puramente española, sin considerar enfrente de sí otra agrupación que la enemiga de la integridad nacional.

Constituido el Centro en 26 de noviembre de 1872, y nombrada por aclamación su junta directiva, su primer paso, y no el más fácil por cierto, fué tratar de llevar al ánimo del gobierno la persuasión de que los capitanes generales que se habían sucedido en el mando de la gran Antilla, desde el grito de Jara, ó por obcecación ó por fines particulares, habían ocultado siempre el verdadero estado de la insurrección y el incremento que iba tomando, presentándola por el contrario como falta de fuerzas y fácil de vencer á poca costa. Luchó enérgicamente contra la inexplicable influencia que habían logrado en las esferas del gobierno los deportados de Cuba y los condenados á severas penas por los consejos de guerra que, lejos de cumplirlas, se paseaban en completa libertad por las calles de Madrid y apoyados por elementos afines alucinaban á los gobernantes con frases de humanidad y aspiraciones á libertades, cuyo verdadero objeto era llegar en plazo más ó menos corto á la definitiva separación de la madre patria. Puso de manifiesto, rechazó con indignación y atacó con violencia el vergonzoso proyecto de vender la isla de Cuba á los Estados Unidos y logró en este particular que á su voz respondiera la voz unánime del patriotismo ultrajado.

Proponiéndose el Centro una propaganda fructífera, dió en distintas ocasiones manifiestos al pueblo español sobre cuestiones de trascendencia; creó y sostuvo periódicos y revistas; fundó centros, comités y casinos en todas las poblaciones importantes de la Península, Cuba y Puerto Rico; reunió en Madrid á los delegados de los Centros Ultramarinos, á cuya resolución presentó un largo catálogo de preguntas relativas al régimen y administración de los países antillanos; clamó repetidamente contra la inmoralidad de los empleados; demostró la falta de condiciones de muchos de los que iban á aquellas lejanas tierras á ocupar puestos de importancia, y pidió un día y otro, aunque sin éxito, que la deuda contraída con motivo de la guerra tuviera la garantía subsidiaria de la nación, en cuya defensa se habían invertido los fondos.

A fines de diciembre de 1872, amenazada la seguridad de Cuba y Puerto Rico por impremeditados proyectos de reformas políticas y sociales que el gobierno se proponía llevar á cabo, sin tomar en cuenta el estado de guerra de la una y de conspiración latente en la otra de esas islas, y no encontrándose el Centro Hispano Ultramarino con fuerzas suficientes para contrarrestar planes que habían de causar en no lejano tiempo la completa ruina de aquellos países y su pérdida para España, formó «La Liga nacional para mantener la integridad del territorio,» á la que con noble abnegación unos y con miras interesadas otros concurrieron, olvidando ó aparentando olvidar diferencias de sistemas, las representaciones de los diferentes partidos políticos, desde el carlista hasta el republicano, que, en el mes de enero de 1873, reunidos en los salones del Centro sostuvieron con profunda convicción y singular energía la honra de la patria é hicieron llegar hasta el mismo trono los sentidos acentos de sus fundados temores.

El Centro Hispano Ultramarino pidió y obtuvo con frecuencia refuerzos para el mermado ejército de Cuba y durante la guerra civil mandó, previa la vención del gobierno, una comisión de su seno al campo carlista, para tratar de fijar las bases de un convenio, según el cual los prisioneros de uno y

(1) 40.304,054 con 22.

otro bando que en lugar de esperar su canje en las prisiones quisieran ir á servir voluntariamente á Cuba fueran enviados allá á defender unidos la patria común (2).

En Cuba continuaba en tanto la guerra. Fué activa y eficaz la persecución de las partidas en los primeros meses de 1872, se habían reñido rudos combates, y lejos de estar próximo el término de la lucha al cesar en el mando el conde de Balmaseda, había tomado inesperadamente gran incremento, llegando hasta pelear los insurrectos á pecho descubierto, y aprestarse á forzar la trocha del Júcaro. No pudiendo Ceballos, por falta de fuerzas, operar activamente en todas partes, adoptó quedar á la defensiva en las jurisdicciones de Holguín y Bayamo y redoblar la ofensiva en Cuba y en el Centro, para echar de aquí al enemigo y caer luego con todas las fuerzas sobre él. Libráronse rudos combates; se reconcentraron los insurrectos en la jurisdicción de Bayamo, llegó el caso de acometer con todo el grueso de las fuerzas á los insurrectos, solicitó Ceballos á principios de abril de 1873 los buques de vapor necesarios para el rápido movimiento de las tropas, y antes de que se reunieran fué reemplazado en el mando por el general Pieltain.

La campaña del verano de 1873 fué tan desastrosa para las armas españolas como favorable para los insurrectos, que cobraron nuevo aliento y adquirieron gran preponderancia, abatiéndose el espíritu de nuestros soldados, que soportaron que el enemigo tomara la ofensiva. En estas críticas circunstancias se encargó en aquel mismo año del mando militar de la isla el general Jovellar, coincidiendo con su toma de posesión la captura del vapor *Virginus* y la llegada del ministro de Ultramar, señor Soler, á conocer el estado en que todo se hallaba en aquella Antilla y á plantear reformas poco meditadas, aunque muy convenientes algunas.

En el corto tiempo que Jovellar desempeñó su mando, tres meses, apenas le tuvo para hacer frente á los peligros con que amenazaba la captura del *Virginus*, creyéndose inminente una guerra con los Estados Unidos; procuró levantar el espíritu del soldado, mejorar su suerte y la de la guerra, y tranquilizar á los alarmados voluntarios de la Habana.

Al general Jovellar relevó el marqués de la Habana, que no consideró necesarios los refuerzos que aquel había pedido para terminar la guerra de Cuba; mas en cuanto se encargó del mando y conoció desde el terreno, mejor que desde Madrid, la situación de la guerra, pidió refuerzos que eran seguramente necesarios. La guerra, como el mismo general dijo, había tomado, por consecuencia de la campaña de 1873 y de las acciones ocurridas posteriormente hasta la de las Guásimas en marzo de 1874, el carácter más grave, y había alcanzado una importancia militar que nunca tuvo desde el principio de la insurrección, aumentándose las dificultades para batir y derrotar á los insurrectos. No era ya posible, en efecto, hacer la guerra como anteriormente, dividiendo el territorio en zonas que recorriesen pequeñas columnas aun de 500 hombres para perseguir y batir al enemigo por todas partes, encontrando aquellas columnas puntos poco distantes en que racionarse y dejar sus enfermos: cuando los insurrectos podían presentar fuerzas de 3 á 4,000 hombres aguerridos y con armamento Remington, y 800 á 1,000 caballos acostumbrados á lanzarse sobre nuestras tropas con machete en mano, eran precisas, no una, sino diferentes columnas, por lo menos de 2 á 3,000 hombres, que marchasen combinadas contra el enemigo. Este llegó á formar sus campamentos, siendo los principales el que amenazaba á Holguín, Cuba y Bayamo, y el que hacía lo mismo á Manzanillo, constituyendo en cada uno un pueblo con mujeres y niños, mercados, etc.

(2) Vivió la institución desde últimos de 1871 á principios de 1876 sin recibir cantidad alguna ni de individuos ni de corporaciones, bastando á cubrir todas las necesidades la cuota de entrada y la de dos duros mensuales que pagaban los socios.

Todos trabajaron con abnegación y celo, no obteniendo del gobierno ni puesto público ni recompensa alguna, que tampoco pretendieron, y al dar por terminada su misión entregaron al Casino Español de la Habana la cantidad sobrante de sus fondos que era de cuatrocientos noventa y cinco pesos, quince centavos, con destino á los soldados inutilizados en la campaña.

Creciendo los insurrectos efectuaron ventajosas operaciones militares, siendo notable la sorpresa de San Jerónimo, pueblo de importancia militar por hallarse á la mitad del camino central entre Puerto-Príncipe y la Trocha del Júcaro, y por el punto en que bifurcaban las comunicaciones con Occidente, Vertientes y Magarabola, contándose en este poblado cinco fuertes, de que se apoderaron los enemigos, reduciéndolos á cenizas. Estos y otros triunfos obtenidos por los insurrectos, hicieron que algunos cabecillas, como Pancho Jimenez, procedieran con los soldados que aprisionaban no solo como la humanidad exige sino hasta con loable generosidad, quedándose solo con las armas y municiones y devolviéndoles la libertad. Hasta llegó el caso de coger convoyes, tomar de ellos lo que únicamente necesitaban y dar en cambio objetos y artículos de mas valor y dejarles que continuaran su marcha y los que los custodiaban. Circulando las partidas en muchas direcciones, llevaron su respeto á la propiedad á un límite que parecía increíble después de los terribles precedentes que tanto habían escandalizado. Por desgracia para la humanidad no todos obraban como el caballero Pancho Jimenez y algún otro, continuando los demás cometiendo toda clase de excesos y tropelías, que más perjudicaban á su causa que la favorecían. La conducta de Pancho llevó á sus filas á muchos y valerosos soldados españoles. Así hacia aquel jefe insurrecto atrevidas y fructíferas algaradas y penetró en la ciudad de Sancti-Spiritus, sin derramamiento de sangre, sin el menor atropello y pagando en las tiendas cuanto consumieron. Desde esta ciudad, sin que nadie le hostilizara, se dirigió sobre la jurisdicción de Trinidad, contempló el enemigo á muy corta distancia, pero no le molestó, y Jimenez levantó su campo á media noche.

Estos y otros parecidos sucesos alarmaron al país y particularmente á los españoles que habían confiado en las pomposas ofertas de los periódicos oficiales: se adoptaron varias providencias para tranquilizar los ánimos, y hubo la fortuna de que una columna tropezara con las fuerzas de Pancho, y después de un reñido combate, las derrotara completamente, con abundante derramamiento de sangre.

Comprendiendo los insurrectos que nada podían prometerse en los departamentos del Centro y Oriental, donde la riqueza estaba casi aniquilada, agotada la gente para su recluta, y los pocos poblados que no se habían destruido, estaban defendidos por fuertes destacamentos, decidieron la invasión de las Villas, que les abrían ancho campo por sus numerosos ingenios con elementos para formar un grande ejército de negros; existían en ellas además sobre 14,000 blancos presentados que podían nuevamente incorporarseles, abundantes recursos y cuanto podía halagarles. Había que atravesar para ello la Trocha del Júcaro, y sin vacilar apenas, se lanzó á esta empresa Máximo Gomez y la cruzó el 6 de enero de 1875, con numerosas fuerzas, sin arrostrar más peligro que el insignificante tiroteo de un fuerte que le ocasionó cinco bajas, á pesar de haberla cruzado por dos distintos puntos y tener que romper estacadas y cruzar fosos, acampando después á media legua de la Trocha para descansar y racionarse, sin que nadie les molestase. Tres días después, hallándose Gomez en la Damajagua, se le aproximó una de nuestras columnas, bastando unos cuantos tiros de las guerrillas de Gomez para que aquella contramarchase. Sucedióse no pocos desastres; los insurrectos ocuparon pueblos importantes é incendiaron los poblados de Jibara, Ranchuelo, Río Grande, Marroquí y otros, sin que las columnas movidas en su persecución lograran alcanzarles, excepto la mandada por Fortun, que batió á la caballería enemiga en la inmediación de Cabayuan, pero sin obtener ninguna ventaja positiva; todo lo contrario; se perdieron fuertes importantes, quedando prisioneros sus guarniciones, se habían pasado á los enemigos guerrillas de 100 hombres con armas y caballos, y habían recogido armamentos, municiones y multitud de víveres y efectos, sin experimentar revés ni contratiempo. Esto les alentó á invadir las Villas occidentales, penetraron en la rica jurisdicción de Cienfuegos, donde no había una columna siquiera que la defendiese; se produjeron nuevos desastres, la ruina y miseria de muchas familias, y con la noticia de estos

hechos coincidieron las no menos funestas de los departamentos del Centro y Oriental, en los que fueron machetadas guerrillas, degollados destacamentos, incendiados ingenios é insubordinados los soldados del fuerte Purino. Habíanse presentado antes grandes partidas en las jurisdicciones de Holguín, las Tunas y Bayamo, crecía la insurrección á la vez que se abatía el espíritu público, y comprendiendo Concha que no podía continuar dirigiendo la guerra desde la Habana, salió de ella el 7 de febrero revistando en Colon lucidos regimientos de voluntarios. Disponiendo desde Santa Clara algunas operaciones que dieron buen resultado, aunque este no era definitivo, regresó á los pocos días á la Habana para volverse á la Península por haber sido relevado por el conde de Balmaseda.

Además de los refuerzos que el nuevo capitán general de Cuba llevó consigo, se le fueron enviando hasta 18 000 hombres, que todos eran ya necesarios, pues á los pocos días de haberse encargado del mando, fuerzas insurrectas entraban en la jurisdicción de Sagua, quemando veinte ingenios, y se invadía también la jurisdicción de Colon.

No tenía seguramente igual aquella lucha, en la que todo se conjuraba contra nuestros soldados, en la que los oficiales estaban sin paga y obligados á alimentarse con el rancho de sus compañías, pues ni aun la ración de etapa se les facilitaba, no recibiendo hacia años el plus de campaña. La ración con frecuencia era inadmisiblemente: en los hospitales se carecía hasta de lo necesario para la asistencia del soldado, que contrariado hasta por los elementos, se desesperaba unas veces y se abatía las mas. La ida de Balmaseda remedió algun tanto las escaseces.

Afortunadamente para la causa española, los insurrectos se destrozaban á sí propios. Casi todo el año de 1875 pasó sin que pudieran emprender las operaciones que proyectaron, por no haber recibido del extranjero los refuerzos que esperaban, confiando en reiteradas promesas. Como si esto no fuera bastante, iniciaron en su campo una serie de motines y pronunciamientos, que bastaron por sí solos para aniquilarles. Al motin militar efectuado en las Tunas por Vicente García contra el mando político de Cisneros, reemplazado por Spoturno, presidente de la cámara, sucedió el pronunciamiento del 14 de mayo de 1876 en Santa Rita; cuyas consecuencias no eran ya solamente divergencias y desuniones entre los insurrectos, sino desmembramiento de fuerzas, pasando muchos á los españoles, ocultándose otros, y cundiendo este funesto ejemplo, menudearon las insurrecciones y pronunciamientos, gracias á los cuales quedó el territorio de Holguín á merced de los españoles.

Herido Maceo en el combate de Barajagua, púsose al frente de sus reducidas fuerzas Máximo Gomez, mientras llegaba Diaz, que se le reunió en agosto—1877—informándole del mal estado en que se hallaba Bayamo, no tan solo por las activas operaciones que ejecutaron los españoles sino porque también había penetrado allí la indisciplina é insurrección. Era esto ya el preludio de los importantes sucesos que se preparaban é iniciaron las presentaciones de Bello, Santisteban y Varona, precediendo la suspensión de hostilidades en el territorio de sus operaciones. El presidente de aquella parodia de república determinó entonces pasar á Oriente á contener el mal, y mientras se ocupaba de los preparativos de su viaje, se reunió la cámara y le quitó el mando del ejército; precisamente cuando necesitaba el apoyo de todos, pues se presentaba en Oriente un gran peligro, que hacía necesario se robusteciera al gobierno en tan supremos momentos: allí empezó la agonía de la revolución cubana; no haciendo la cámara más que entorpecer y crear obstáculos, efecto de su inexperiencia y apasionamiento, disputando á aquella sombra, á la que casi no se obedecía, los harapos de su nominal poder. En aquel mismo día se nombró á Máximo Gomez general en jefe, cuyo cargo no aceptó. Tiempo hacía que estaba en la mente de todos la necesidad de un jefe superior militar que imprimiese unidad de acción á las fuerzas insurrectas, y consiguiese que la disciplina no fuese una ilusión; mas ambiciones por una parte y temores á la dictadura por otra, no permitieron que la revolución tuviese un hombre que la diri-